

FOLLETOS EDITADOS POR "TIERRA Y LIBERTAD"

- Anselmo Lorenzo* . . . El Sindicalismo
Eliseo Reclús . . . La Anarquía
Miguel Bakunin . . . La política de la Internacional
Enrique Malatesta . . . Entre campesinos
Sebastián Faure . . . Contestación a una creyente
Pedro Gori . . . Ciencia y Religión - Las bases sociológicas de la Anarquía
Eliseo Reclús . . . El porvenir de nuestros hijos
A mi hermano el campesino
A los campesinos
Dr. N. Converti . . . República y Anarquía
Pedro Gori . . . Vuestro orden y nuestro desorden - Guerra a la guerra
Pedro Kropotkin . . . La ley y la autoridad
José Bonet . . . Al servicio del Comunismo libertario - Ideas
El Cancionero revolucionario
A. G. Gilabert . . . La C. N. T., la F. A. I. y la Revolución Española
Ricardo Mella . . . Organización, agitación y revolución
Sebastián Faure . . . Las doce pruebas de la inexistencia de Dios

EL PRECIO DE ESTOS FOLLETOS ES A 20 CÉNTIMOS

Eurique Malatesta . . . En el café, 0'30
Carlos Cafiero . . . Anarquía y Comunismo, 0'15

Almanaque de "Tierra y Libertad" - 1932, 2 ptas.

Los trabajos realizados, a pesar de las contrariedades sufridas, dan una idea de lo mucho que puede hacer esta Biblioteca contando con el apoyo y benevolencia del pueblo anarquista emancipador.

FOLLETO MENSUAL

2.405

ISAAC PUENTE

Apuntes sobre el Comunismo Libertario

El advenimiento de las dictaduras en la pre revolución

JESUS MONTOYA



PRECIO:

20
CÉNTIMOS

589

474
2376

H-46460

ATA
2876



Talleres Gráficos ALFA, Bruch, 71 - BARCELONA

Apuntes sobre Comunismo Libertario

TRES PREJUICIOS RETARDATARIOS

Dentro del movimiento obrero libertario, persisten reminiscencias políticas, prejuicios de extraña procedencia, indicando que aun no nos hemos desintoxicado del envenenamiento secular por la política. Ellos retardan nuestra marcha, y entorpecen nuestras decisiones, hasta convertir la finalidad confederal, en un sueño lejano, y el comunismo libertario en un acuerdo escrito en el frontispicio de nuestros estatutos, tan vacío como el título jocoso de «República de Trabajadores de todas clases».

Incultura e incapacidad del Pueblo.—Este tema, lo he tratado ya extensamente, demostrando que a juicio de reudentores, el Pueblo no está nunca capacitado para ser libre, y que no es menester doctorarse en ninguna Universidad, para vivir en comunismo libertario. Es equivocado el concepto de cultura, ya que los que pasan por tales, no suelen aventajar a un analfabeto ni en buen sentido, ni en intuición, ni en visión del porvenir, que son dotes que no se compran. Es precisamente la incultura y la ignorancia la que debe decidarnos a conquistar para todos, el saber.

No es lo peor la esclavitud, sino que sea el propio esclavo el que la justifique, y la encuentre necesaria.

Falta de madurez de la organización.—Dentro de la C. N. T., hay militantes destacados que hacen esta afirma-

ción pesimista, derrotista, que es como un jarro de agua fría para los entusiastas y los voluntariosos. A gusto de algunos, nunca estará madura para ninguna empresa, y habrá de pasarse la vida, como el neurasténico, esperando una oportunidad para decidirse a tomar la decisión, de que ha llegado el momento decisivo, de decidirse.

Uno de los lunares que le encuentran es el apartamiento de los técnicos, quienes, con la misma mentalidad de los intelectuales, no estarán con el obrero más que cuando él sea quien mande, o quien tenga en sus manos los medios de producción. Supone ello creer, que al día siguiente de la revolución, se van a cruzar de brazos todos los que hoy trabajan, y vamos a ser nosotros solos, quienes tengamos que improvisarlo todo. La producción, como la decisión, la harán todos los productores, piensen o no, como nosotros, y para ello tendremos la coacción del consumo. El técnico, que hoy se deja explotar por la Burguesía, aceptando papeles indignantes, y plegándose al capricho o a las conveniencias de quien le paga, será un servil para todos los regímenes, y en el comunismo libertario, encontrará satisfacción a todas las aspiraciones que pueda ambicionar como clase.

Para que la organización Confederal, pueda realizar el comunismo libertario, sería contraproducente que fuera un perfecto engranaje de Sindicatos, dentro de un nido de burócratas o en manos de Comités de Funcionarios. En tan disciplinada organización, colectivista, sería de temer la pérdida de la libertad y de la personalidad individual. Sería más comunista que libertaria, y, por lo tanto, estaría bastante en pugna con nuestro desenfadado instinto de independencia, y con el espíritu y modo de ser de las colectividades rurales, que, en España, predominan sobre las urbes industriales.

El molde social.— Creer que la sociedad precisa de un arquitecto, es tanto como pensar que no puede pasarse sin gobernantes. Suponer que el hombre necesita tomar hecha una organización, por no ser capaz de crearla, es un prejuicio político más. Tan absurdo, como el padre

que piensa que sin sus cuidados no crecerían ni se desarrollarían sus hijos, o el maestro que supone que sin su intervención no aprenderían los alumnos, o el médico que tiene la petulancia de creer que sin su medicación no se curarían los enfermos.

Al niño, para crecer y desarrollarse, sólo le hace falta condiciones favorables. El niño, para aprender y educarse, precisa solamente carecer de obstáculos; y el enfermo para sanar, que sus fuerzas defensivas no sean entorpecidas. Es decir, que si el niño crece y se desarrolla bien, es porque el padre acierta a no impedirlo. Si el joven aprende y se educa, es porque el maestro sabe desbrozarle el camino, y si el enfermo cura, es porque el médico atina a liberar de obstáculos las defensas naturales.

De igual modo, todas las colectividades humanas, llevan en sí mismas el instinto de sociabilidad arraigado en cada individuo, y cuando no resulta obstaculizado u obligado a adoptar una determinada forma, como en todos los sistemas políticos, tiende a adoptar aquella más conforme con el modo de ser espontáneo de los individuos. Para propiciar esta sociedad espontánea y natural, no tenemos que imponer ninguna forma de asociación. Nos basta con evitar que nadie la imponga. Al instinto de sociabilidad, y a la aspiración humana a la libertad, no podemos añadir nada. Todo lo que nos es dable hacer, es impedir que se desvie o se coarte. Es la labor peculiar del anarquista: Velar porque las colectividades humanas; adopten sin coacciones, el régimen de sociedad más de acuerdo con sus tendencias.

La organización Sindical, perfecta asociación para moldear una agrupación colectivista, admirable para ordenar la producción industrial, acorde con las tendencias asociativas del obrero de fábricas, resulta artificiosa y anti-libertaria para el productor de las colectividades campesinas, donde el obrero no es una parte incompleta de un todo, que aislado es incapaz de hacer nada, sino que es una personalidad que se basta a sí misma en todo, y,

por lo tanto, lleva en si la aspiración a la independencia. Al antiguo concepto de Municipio Libre, y a la secular asociación rural del Concejo, no podemos añadir nada. Nos cabe respetarlo como cosa espontánea y viva, protegiéndola de todo lo que tiende a mermar su soberanía.

EL COMUNISMO LIBERTARIO EN EL CAMPO

Es en el campo donde la implantación del comunismo libertario reviste mayor sencillez, pues se reduce a poner en vigor el Municipio libre.

El Municipio o Comuna libre es la reunión en asamblea (Concejo) de todos los vecinos de un pueblo o aldea con soberanía para administrar y ordenar todos sus asuntos, pero en primer término la producción y la distribución.

Hoy, el Concejo, o sea, la Asamblea de los vecinos de un pueblo, está considerado como menor de edad para disponer de lo que es suyo (los montes, las tierras y demás propiedades del común). Sus acuerdos son revocados o anulados:

1.º Por el Ayuntamiento.

2.º Por la Diputación, que es la administradora de sus bienes.

3.º Por el gobernador y todos los mandatarios del Estado.

Tres nidos de parásitos que viven a costa del productor, sangrándolo con impuestos y contribuciones.

En el Municipio libre, no sólo una parte, como hoy ocurre, sino todo lo del término municipal será de propiedad común. La revolución debe devolver a la comunidad:

Los montes, árboles y pastos.

Las tierras de labor.

Los ganados de trabajo y de carne.

Los edificios, las máquinas y los aperos de labranza.

Y los géneros almacenados o acumulados en exceso por los vecinos.

No existirá, por lo tanto, la propiedad particular, más que en usufructo, de aquello que cada cual necesita:

Como la vivienda, los vestidos, los muebles, las herramientas de oficio, la parcela de huerta que se deje a cada vecino, y el ganado menor o aves que quiera tener para su consumo.

Todo lo que exceda de las necesidades podrá ser incautado por el Municipio, ya que lo que acumulamos sin necesitarlo no nos pertenece, pues lo sustraemos a los demás.

Todos los vecinos serán iguales:

1.º Para producir y cooperar al sostenimiento de la comuna, sin más diferencias que las de su aptitud (edad, profesión, preparación).

2.º Para intervenir en las decisiones administrativas en las asambleas.

3.º Para consumir con arreglo a las necesidades (número de familiares, etc.).

El que se niegue a trabajar para la comunidad será desposeído de los derechos a consumir y a deliberar.

El Municipio libre estará federado con los demás y con los Sindicatos de las ciudades, para el intercambio de productos y de esfuerzos.

En lugar de contribuciones, se entregarán a la Federación o a la Confederación los productos sobrantes en el Municipio, y en lugar de pagar la contribución de sangre en el servicio militar, se contribuirá con prestación personal, en la medida de las necesidades, para las obras de interés general, como ferrocarriles, carreteras, pantanos, saltos de agua, canales de riego, etc.

A cambio de esta cooperación al interés regional o nacional, los vecinos del Municipio libre podrán beneficiarse de los servicios y productos que no existen en la localidad, como:

Correos, Telégrafo, Teléfono (Comunicaciones y Transportes).

Luz y energía eléctrica.

Asilos, hospitales, sanatorios y balnearios.

Enseñanza superior y universitaria.

Artículos y géneros no fabricados en la localidad.

La consigna del individuo es contribuir con su trabajo al bienestar general, por propio egoísmo. La consigna del Municipio libre es contribuir con sus aportes a la ordenación nacional de la producción. Para esto debe aumentarse la producción, para no tener que escatimarla ni racionarla. Cuando el agua es abundante, nadie acapara el agua. La producción se aumentará:

Cultivando más extensión de tierras, ya que actualmente se cultiva poca.

Aumentando el número de brazos que las cultiven, con los que hoy están parados y ociosos.

Trabajando en común, con todas las máquinas y ganados que se posean.

Procurando hacer el trabajo más agradable.

Al aldeano no le debe asustar este comunismo libertario ni esta institución del Municipio libre, que de modo muy semejante vivieron sus ascendientes: El trabaja ya en común, en las veredas, usufructúa tierras del común, se aprovecha anualmente de la suerte fogueral, de las leñas del común, y cría sus ganados con los pastos comunes. En las costumbres rurales hay precedentes y procedimientos para solucionar todas las dificultades que pudieran presentarse, y en las que no debe nunca decidir la voluntad de un individuo, aunque sea para ello elegido por los demás, sino el acuerdo de todos.

Todos tenéis derecho a comer, a vestir, a tener vivienda decorosa, a instruiros, a tener asistencia sanitaria y a usar de las ventajas de la civilización. Os basta para ello con el título de productores. Si ese es vuestro derecho, ¡conquistadlo! El Municipio libre se os ofrece como procedimiento.

Del actual estado de miseria y de trabajo agotador, del

peso de las contribuciones, del agobio de las rentas, de vuestra esclavitud y de vuestra ignorancia nadie os sacará. El que os lo diga os engaña. Tenéis que salir vosotros.

La realización del comunismo libertario depende de tu esfuerzo, ¡campesino! De que te decidas a sacudirte las moscas que te chupan la sangre: el Ayuntamiento, la Diputación, el Estado y los propietarios de las tierras.

Agrúpate para ello en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo.

EL COMUNISMO LIBERTARIO EN LA CIUDAD

En la ciudad, el Municipio libre, está representado por la Federación Local de Sindicatos de ramo o de industria, que está constituida por comisiones delegadas de todos los Sindicatos constituidos, y tiene su máxima representación y soberanía, en la asamblea general de todos los productores de la localidad.

Su misión es la ordenación del trabajo, de la producción, y de la distribución atendiendo a las necesidades de la localidad, y a las de las otras colectividades, con las que se tiene establecido el intercambio y apoyo mutuo.

En el momento de la revolución, los Sindicatos, toman posesión de las fábricas, talleres y obradores, de las viviendas, edificaciones y tierras, de los servicios públicos y de los géneros y primeras materias almacenadas.

Para poder beneficiarse de la producción, será preciso contribuir a ella, perteneciendo a un Sindicato, y llevando al día el cumplimiento de su jornada de trabajo, de acuerdo con su aptitud y preparación. En el car-

net, constarán los días que trabaja, única moneda en que se cotiza.

Sólo se exigen de este requisito, los niños hasta los 14 años, y los jóvenes estudiantes, los ancianos, los enfermos y las mujeres en embarazo o lactancia.

El carnet de productor, confiere todos los derechos:

1.º Consumir con arreglo a las necesidades, o según el racionamiento, todos los productos distribuidos por la Federación Local.

2.º A poseer en usufructo, casa decorosa, muebles indispensables, aves de corral o animales domésticos y una parcela de jardín o de huerta, si la colectividad lo acuerda.

3.º A usar de los servicios públicos; y,

4.º A tomar parte en las decisiones de todas las asambleas (de taller, de fábrica, de sección, de Sindicato o de Federación Local).

La Federación Local, atenderá primero a bastarse para las necesidades, locales luego a desarrollar su industria específica, o aquella para la que mejor disposición tenga la ciudad, o sus fábricas y más convenga fomentar para las necesidades de la economía nacional.

En asamblea general, se distribuirán los brazos entre los diversos Sindicatos, de acuerdo con la aptitud o afición, y de acuerdo con las necesidades del trabajo. La jornada por obrero en cada oficio, y la jornada por industria la fijará cada Sindicato, o cada sección. La jornada por obrero, puede ser uniforme, si no excediera de 6 horas. Pero la jornada de producción en cada fábrica, podrá ser aumentada estableciendo turnos de obreros, a fin de poder ocupar más brazos y a fin de producir, con los mismos medios, doble cantidad.

El individuo, debe procurar acoplarse en el Sindicato, el Sindicato, ponerse de acuerdo con los demás dentro de la Federación, y ésta, relacionarse con las Federaciones y Municipios para adaptarse a las conveniencias de la economía nacional.

En las poblaciones populosas, pueden existir Federa-

ciones o agrupaciones de barriada, así como cooperativas, para la mejor organización de la distribución.

Existe un Sindicato por cada industria de la localidad, dividido en tantas secciones, como oficios o clase de trabajo, con la autonomía y normas democráticas y federativas en que se desenvuelven hoy.

Todas las iniciativas que no sean puramente económicas, deben quedar al margen de la ordenación sindical y en libertad de desarrollarse por los individuos o los grupos.

Trabajando en una labor útil a la colectividad, debemos tener derecho a participar en los frutos de la organización colectiva de la producción.

Que a cambio del trabajo, pueda el hombre comer, vestir, instruirse, tener vivienda y asistencia sanitaria, libertad de exponer sus ideas, y de vivir la vida integralmente. Que el fruto del trabajo, no lo usurpen los parásitos. Que la máquina libere al hombre del esfuerzo y aumente su poder productor, sin atentar a su salud. Que la sobra de brazos, no sea mirada como una maldición, sino con una ayuda y como una disminución de la jornada.

El Sindicato, organización económica de los trabajadores industriales, nacida espontáneamente, se presta a la realización del Comunismo libertario en la ciudad, y a la ordenación nacional de la producción industrial.

Debe asegurar el pan al proletario, sin exigirle a cambio el sacrificio de su libertad.

EL MILITANTE CAPACITADO, ULTIMO REDENTORISMO

El movimiento emancipador del proletariado, ha pasado por todas las desviaciones y todos los barullos imaginables. No son de esperar nuevos señuelos engañosos. El sindicalismo anarquista, representa la superación de

todos los reboques y remiendos reformistas, y de todos los juegos malabares y habilidades de la política. Por simulado que se nos presente, sabemos ya desenmascarar al reformista, y llamar por su nombre al cómico de la política. El primero es el que le encuentra aspectos tolerables a la sociedad actual, y no tiene prisa por llevar a cabo la finalidad propuesta. El segundo, es quien habla un lenguaje enrevesado y ofrece muchas cosas a cambio de la aceptación de su programa.

De los comunistas emboscados en la C. N. T. parece habernos venido esa nueva consigna del militante capacitado. Una especie de aristocracia que ha querido medrar en la Confederación, para erigirse en dirigentes insustituibles, y para ofrecer, igual que los políticos, confianza en la capacidad organizadora del sindicalismo. Los tales, pretendían hacer de la Confederación una organización perfecta, con tal estructura y posibilidades de realización, por el sometimiento de todos a la voz mágica de los jefes, que los técnicos e intelectuales, se postrarían de hinojos ante ella. Y la revolución, se hubiera podido hacer tan deliciosamente como la del 14 de abril.

Pretendían que antes de lanzarnos a la experiencia comunista libertaria, debiéramos poseer una clara visión de cuantas incidencias pudieran surgir, cosa que sólo podíamos predecir por la mediación de los militantes capacitados. Por un momento, pareció cuajar este mesianismo redentor. Pero el obrero inculto, el trabajador incapacitado, que vive más la vida que los libros, ha recordado múltiples enseñanzas, que contradicen abiertamente la doctrina de los capacitados. Recuerda que él, aprendió a andar, antes de tener consciencia de los movimientos que hacía, y antes de tener visión clara de los peligros. La mejor lección, se la dieron los coscorriones. Cuando aprendió un oficio, adquirió la destreza en el mismo, antes de tener idea clara de los movimientos más útiles, y de la trascendencia de su tarea. No necesitó saber las leyes de equilibrio, ni doctorarse en acobrancia, para aprender a montar en bicicleta. Vió que el panadero

hace el pan, sin conocer la naturaleza ni las propiedades de los fermentos, ni las transformaciones que la cocción impone a las harinas. Comprueba que su compañera, sin saber leer ni escribir, administra el mísero jornal, de modo teóricamente inexplicable, sin haber leído un libro de economía doméstica, ni haberse impuesto de los deberes propios del hogar. En suma, en cuanto él sabe y en cuanto los demás practican, precedió siempre el entrenamiento al conocimiento previo. Y ha terminado por hacerse esta deducción:

—Si el Comunismo libertario, no exige a nadie más que cumplir con su trabajo, ¿por qué ha de ser preciso doctorarse antes de ir a él, ni por qué ha de necesitar de la mediación de los capacitados, para realizarlo?

Ante el fracaso del timo de la capacitación previa, piensen los retardatarios en acreditar un nuevo cuento, a ver si tienen más fortuna.

1000

A-1003

PROPAGANDA